

Entrevista con Santiago Gil

Domingo, 06 de septiembre de 2009



Santiago Gil García nació el 10 de abril de 1967 en la clínica Santa Catalina de Las Palmas de Gran Canaria. A los dos días le bautizaron en la iglesia de los Salesianos, al lado mismo de la clínica, “no sé si porque tenían miedo de que me escapara a la calle sin haber recibido ni siquiera el sacramento” . Pero ese bautismo fue anecdótico, porque sobre la marcha le llevaron a Guía, a la casa su abuela en Las Barreras. Hijo de Santiago y de Susana.



Foto de Juan Carlos Castro

Es el mayor de tres hermanos. Está casado, no tiene hijos y desde hace algo más de tres años reside en Santa Brígida. Estudió tres años de Derecho en el antiguo CULP, que dependía de la Universidad de La Laguna, pero, desde que pudo, previo paso durante un tiempo por Londres y Dublín, se trasladó a Madrid. Allí acabó la licenciatura de Ciencias de la Información en la Universidad Complutense y también comenzó a dar sus primeros pasos en el mundo de la literatura.

A lo largo de los últimos años ha trabajado en varios medios de prensa escrita, en los gabinetes de comunicación del Cabildo de Gran Canaria, el Ayuntamiento de Santa Brígida y el Colegio de Enfermería de Las Palmas.. En estos momentos colabora en Canarias 7, Canariasaldia.com o Radio Canarias La Autónoma. También colabora como crítico literario en varios medios locales y nacionales

Hasta el momento ha publicado un total de diez libros entre novela, poesía, microrelatos y cuentos. Los títulos son los siguientes: Los años baldíos, Tierra de nadie, Por si amanece y no me encuentras, Equipaje de mano, Tiempos de Caleila (poesía, accésit del premio internacional Ciudad de Las Palmas de Gran Canaria), El color del tiempo (poesía, premiado con el premio Esperanza Spínola), El parque, Un hombre solo y sin sombra, Música de papagüevos y Cómo ganarse la vida con la literatura. En las próximas semanas Anroart Ediciones publicará la novela Las derrotas cotidianas, y el próximo año se publicará Una

noche de junio (accésit en la última edición del premio Ciudad de Las Palmas de Gran Canaria).

Si volviera a la infancia, me limitaría a seguir los pasos de aquel niño que fui...

Si te pido que hagas un viaje a tu infancia ¿qué es lo primero que se te viene a la memoria? Una imagen, un color, un olor, una canción.....? Cuéntame

Según los días y los momentos en los que esté recordando me aparecen fogonazos cargados de emoción que, en muchos casos, ni siquiera recordaba haberlos protagonizado.



Hay canciones, olores a tierra mojada, a potaje de berros o a natillas, y también muchas imágenes de seres queridos que ya no están o que, si aún viven, físicamente no se parecen en nada a cómo eran entonces. Mis adre, por ejemplo, eran mucho más jóvenes que yo ahora, y luego estaban mis abuelas, a las que les debo buena parte de lo que soy como escritor.

Una imagen esencial siempre estaría protagonizada por el enorme nisperero que había en casa de mi abuela Bárbara, en Guía, y junto al nisperero estaría el riego lleno de agua helada en el que echábamos a navegar barcos de papel como los que canta Serrat en su canción. Me encantaba sentarme junto a mis abuelas para que me contaran historias del pasado que sabían enhebrar magistralmente. También, aprovechando que ha aparecido ese verbo, me recuerdo enhebrando las agujas que me daban mis abuelas. Cuando escribo me reconozco muchas veces siguiendo los ritmos narrativos que les escuchaba a ellas, aquella manera tan pausada de hablar cuando iban hilando historias y recuerdos para entretener las tardes.

Cuéntame un momento muy feliz de tu infancia y uno que recuerdes con tristeza.

La felicidad siempre estaba unida a la libertad de los juegos y de la calle. Como me imagino que también ocurriría en Santa Brígida, los niños de mi generación que nos criamos en pueblos hacíamos casi toda nuestra vida en la calle, entre barrancos, campos de fútbol pedregosos, procesiones, guirreas y mil juegos improvisados. Cualquiera de esos días saliendo a la calle es un recuerdo feliz. La única condición es que no hubiera clases. Detestaba el colegio, no por los profesores, sino porque te arrancaba de la diversión de una forma violenta. Reconozco que era necesario, pero yo de niño no entendía aquel encierro forzado y aquel aburrimiento de horas y horas mirando con nostalgia hacia la calle. Otros momentos inolvidables son, por supuesto, los de la madrugada del día de Reyes. Yo era de los impacientes, de los que no podían dormir y querían sacar la bicicleta a las seis de la mañana.

El peor recuerdo fue, sin duda, la muerte de mi hermana Mónica. Yo tenía casi cuatro años y ella dos años y medio. Me encontré muy pronto con esa jodida sensación de desarraigo e impotencia que dejan siempre las derrotas. Me acuerdo de muchos momentos con ella, y también de aquel día terrible. Cuesta asumir, siendo tan pequeño, que jamás volverás a ver lo que más quieres. A partir de ahí nunca me he dejado engañar por la vida. Asumo la mortalidad y trato de vivir intensamente cada instante sabiendo siempre que puede ser el último. Por eso no entenderé nunca a los canallas y a los prepotentes que se creen eternos. Son unos pobres infelices.

¿Para dormir preferías leer o que te contaran un cuento?

Llegaba tan rendido a la cama que no tenía tiempo de escuchar o de leer un cuento. No llegaba ni a decir entero el Señor Mío Jesucristo o lo de las Cuatro Esquinillas. Caía redondo en la cama.

¿Recuerdas qué fue lo primero que leíste solo: un libro de cuentos, un tebeo, un libro de aventuras? ¿Te acuerdas del título?

Me imagino que sería algo de Zipi y Zape o de Mortadelo y Filemón. No era un niño lector. Ni tenía tranquilidad para concentrarme, ni paraba más de una hora en casa. Ni siquiera lloviendo nos alejábamos de la calle.

¿De qué libro guardas un buen recuerdo y por qué?

Recuerdo El Buscón de Quevedo. Andaría por los doce o los trece años y en el colegio nos dijeron que teníamos que leer un libro. Mi madre, que es maestra, me acompañó a la librería Canaima, en Las Palmas, y me recomendó varios libros, entre ellos El Buscón. Me costó leerlo, pero creo que tuve la suerte de entrar a la lectura por puerta grande. Con los años, Quevedo sería una de mis referencias, y El Buscón jamás me cansaré de releerlo.



¿Qué era lo mejor del verano?

El verano era el Puerto de Las Nieves de Agaete. Digamos que estaba la infancia de campo y la costera. La costera, la de Agaete, era un baño interminable con arriesgadas incursiones natatorias y náuticas a Guayedra, a La Caleta o a la zona del Dedo de Dios.

Nunca entenderé cómo pudimos permitir que destrozaran por completo aquel paraíso y que le robaran hasta el horizonte a la playa. Me marcó mucho Agaete, sobre todo en la adolescencia. Desde entonces, el mar es esencial en mi vida. Dejé Madrid por no poder estar lejos de él cuando las cosas venían mal dadas o no encontraba consuelo en ninguna parte.

¿Te gustaba jugar solo o preferías las pandillas?

Siempre en pandilla. En los pueblos tienes la suerte de compartir pandilla con el más rico y con el más humilde. Aprendes mucho de la vida, sobre todo a valorar las pequeñas cosas y a mirar con el respeto y la admiración que se merece a la naturaleza.

¿Recuerdas alguno de tus juegos favoritos con los amigos?

No había un calendario prefijado, pero cada dos o tres semanas cambiábamos de juegos. Estaba el tiempo de los boliches, el de los carros de cojinetes, el

de las cometas, el de las estampas o el de los tirachinas. Después se mantenían invariables los Policías y Ladrones o el Escondite. Lo bueno de esos últimos juegos es que contaban con el escenario de las fincas de plataneras, todo un mundo para poder esconderte. Pero si tuviera que citar algún juego nombraría siempre las chapas y el de las cajas de fósforos con los caretos de los jugadores que iban saliendo en las estampas.

¿Cuál es el juguete del que guardas un especial recuerdo?

Una batería que me cargaba cada dos por tres, una bicicleta roja Orbea y sobre todo un balón, cualquiera de aquellos balones de cuero que iban pasando por nuestra vida desgastándose a medida que transcurrían los años. Cuanto más desgastados, más nos gustaban para rematar de cabeza sin que viéramos las estrellas.

¿Que te gustaba coleccionar de niño?

Coleccioné sellos hasta los dieciocho años, y tengo una colección curiosa que se vio enriquecida por colecciones antiguas que me regalaron algunos familiares.

De los amigos de la infancia, ¿conservas alguno?

Sé donde están, pero casi no nos vemos. Uno de los mejores murió el pasado año, y eso, de alguna manera, nos acercó a todos otra vez a la infancia y a los mil recuerdos que compartimos juntos. Esas complicidades jamás se podrán encontrar en las amistades de la vida adulta. Daba lo mismo que el amigo sólo compartiera contigo un verano. Andabas en un periodo de constante descubrimiento y quienes te acompañaron en esa aventura se quedan para siempre en tu memoria más necesaria.

¿De pequeño querías ser como.....? (personajes reales, ficticios, cercanos,....)



Como Miguel Ángel Brindisi, sin duda, aunque otras veces también quería ser Felipe, un líbero formidable que también jugaba en la Unión Deportiva y que llegó a internacional con la selección española

¿Cuando eras pequeño que soñabas ser de mayor?

Aparte de futbolista, sí recuerdo que siempre decía que quería ser locutor de radio. Desde que se despistaban en casa me tiraba al teléfono para llamar a los muchos programas con participación de oyentes que había entonces. La señora que nos cuidaba y trabajaba en mi casa tenía todo el día sintonizada radio Las Palmas, con Mara González o el satauteño José Luis Suárez. Mara, además, era Guía y conocía a mi familia, por lo que me daba bastante cancha cuando llamaba. Siempre que me entrevista ahora o que coincidimos en alguna cita nos reímos mucho de aquel niño que ya entonces quería ser periodista. Lo de escritor vino luego, supongo que cuando vi que, perdida la infancia, o me

inventaba otros argumentos, o la cosa se presentaba realmente aburrida, monótona y previsible.

¿Se han cumplido los sueños de tu infancia?

Decía el poeta Rilke que en la infancia se vive y que luego, cuando nos hacemos mayores, sólo se sobrevive. Por tanto nunca se cumplen los sueños de infancia. El único sueño posible hubiera sido no haber salido nunca de ella. Ya fuera, sí creo que he tenido mucha suerte en la vida, sobre todo en lo esencial, que son los afectos y el cariño de la gente que quieres y que te quiere.

Si pudieras volver a ser un niño ¿qué tres cosas no dejarías de hacer?.

Por suerte, creo que hice todo lo que estuvo en mi mano para ser feliz. Si volviera, me limitaría a seguir los pasos de aquel niño que fui. A esta hora debe estar camino del barranco o de la plaza de Guía, o siguiendo el olor de unas torrijas de carnaval o de los panes recién horneados en la panificadora antigua que estaba cerca de mi casa. Como es verano, también es probable que ande tirándose en la última escalera del muelle viejo del Puerto de Las Nieves, o sumergiéndose en un océano lleno de estrellas de mar, lebranchos, erizos y cangrejos enormes. También desearía que fuera sábado por la noche y que la Unión Deportiva Las Palmas jugara en casa para bajar al estadio y poder ver de cerca a Brindisi, a Germán, a Wolf, a Carnevalli o a Morete. O a Cruyff, Arconada, Kempes, Netzer o Santillana.



Si me pongo no paro. Lo veo hasta con un cabezón de los papagüevos saltando al compás de la banda de Agaete, o haciéndose el serio mientras agita el incensario vestido de monaguillo en las procesiones de Semana Santa en Guía

AUTOR: <http://tenteatro.es/>